

DEFINIR AL ESCRITOR

Ricardo Serna

Escritor

*"Empezamos a sospechar una verdad: que el escritor es, entre los tipos humanos, el más raro y singular, y su situación en el mundo peregrina y aventurada como ninguna."
(Los poderes del escritor, Pedro Salinas)*

63 **C**onsidero de enorme importancia la fortaleza y el buen estado de salud de la cultura, y de la creación literaria en particular, en el proyecto de consolidación de una sociedad moderna y activa.

En este proceso, el escritor es uno de los actores de mayor interés, el más criticado en ocasiones y el menos comprendido siempre por los que le rodean. Nos podríamos preguntar por qué. Y hasta qué punto es duro y sacrificado el oficio de escritor.

Guillermo Díaz-Plaja nos contesta cumplidamente en uno de sus libros más célebres¹. "Pienso muchas veces -nos dice- que el escritor es un ser literalmente escandaloso. Irremediablemente es el forzado a explicar su propia intimidad, aun cuando crea tantas veces escamotearla con alegorías más o menos transparentes. Los episodios de su peripecia interior quedan así, inermes, a merced de la plazuela, sin que el escritor pueda quejarse de ello. Alguna vez he comentado, irónicamente, la curiosa casualidad que hace que todos los diarios íntimos un buen día se pierdan para que, fatalmente, se los encuentre un editor.

¹ Díaz-Plaja, Guillermo: *El oficio de escribir*. Alianza Editorial. Col. Libro de bolsillo, vol. 159. Madrid, 1969. Guillermo Díaz-Plaja (Manresa 1909-Barcelona 1984), fue catedrático de literatura en Barcelona. Estudió diversos aspectos de la historia literaria de nuestro país, en especial del Romanticismo. Conferenciante por España y América, dirigió la *Historia de las literaturas hispánicas* (Barcelona, 1950). Sus obras más destacadas son *La poesía lírica española* (1937), *Modernismo frente a Noventayochos* (1951), *Poesía y realidad* (1952), y *Literatura y contorno vital* (1978), entre otras. En 1935 se le otorgó el Premio Nacional de Literatura. Dirigió además el Instituto Nacional del Libro.

Y sin esta voluntad, el escritor no existiría. No hay literatura sin proyección social. Escribir es catapultar nuestros propios sentimientos hacia objetivos multitudinarios, en los que jamás podremos conocer la dimensión ni la profundidad del impacto.

Uno sólo, sin embargo, está presente -y es acaso imposible- en nuestro corazón. Un sólo lector, pensamos, acaso uno sólo nos entienda de veras. Hay uno, en un rincón provincial, acaso en una ciudad extranjera, que viene siguiendo nuestro camino. De él nos llega, y nos sobresalta de pronto, una solitaria pregunta que se nos clava como una saeta. Él sí sabe de nosotros."

Es obligado estar de acuerdo. No escribimos para multitudes, sino para ese lector, casi siempre anónimo, que lee nuestros libros a ratos, antes de acostarse quizá, o en la madrugada al lado de su chimenea, en una cabaña rústica medio perdida entre la espesura del bosque. Imaginamos a ese lector de mil maneras; nos hacemos un difuso retrato de su carácter y luego nos peleamos por él, sólo por él, para mejorar la forma o los argumentos de nuestro próximo libro.

En literatura creativa, nada ha de extrañarnos. Un escritor no es sino un ser explícito que se desangra, pluma en mano, durante años.

Lo que el lector valora en un escritor es el rasgo personal, el detalle diferenciador e íntimo que lo separa de otros seres vulgares. "Lo que hace de Unamuno un escritor formidable -añade Díaz-Plaja²- es la impresión que nos produce de ser un pelícano monstruoso que se abre el pecho a picotazos. Lo demás no tiene importancia".

Sin embargo, cada tiempo crea sus propios e inevitables topes referenciales de lo íntimo. En el siglo XVIII, Jovellanos se disculpaba con los lectores por escribir alguna pequeña frase de tipo sentimental. Y en el Neoclasicismo, la intimidad del autor no pasaba de ser una provocación imperdonable. Con el Romanticismo, en cambio, se hizo del *yo* un auténtico

² *Ibidem.*

protagonista de la creación. Y desde entonces acá, la moda se vino traduciendo en costumbre.

El autor, lo pretenda o no, siempre está presente en su discurso, bien de manera clara y consciente, o impensadamente a veces. Cualquier forma literaria se expresa por medio del indispensable uso de la palabra. Y la utilización que de ella hacemos los escritores, es irrepetible.

La palabra es testimonio de vida, de sed creativa, de necesidad expresiva natural en todo ser humano. En la palabra y su buen uso hallamos la causa y razón de todos los desvelos del escritor. El quehacer literario es el único modo veraz de conectar con ese lector tantas veces imaginado. Y el texto impreso, el soporte que hará posible ese contacto, la consumación del anhelo, el final de un viaje largo a través del deseo.

Retomando la palabra de Gómez de la Serna³, un adelantado a su tiempo que supo pensar como un genio y escribir luego en consecuencia, podemos acercarnos a un intento de definir al escritor.

"Para ser escritor -nos dice- hay que saber escribir y, además, estar un poco moribundo". Qué original sabiduría esconde esta breve definición.

A Paul Fort⁴ le preguntaron qué cualidad esencial debía poseer el escritor, y contestó con naturalidad y convicción: "tener poco apetito". Eso resuelve, al parecer, muchos problemas.

³ Fragmento de "Confesión del escritor", capítulo perteneciente a su libro *Nuevas páginas de mi vida*, Alianza Editorial. Col. Libro de bolsillo n° 226, Madrid, 1970. Ramón Gómez de la Serna (Madrid 1888-Buenos Aires 1963) fue un hombre de espíritu inquieto y curioso, con influencias de los impresionistas franceses y de algunos autores españoles como Larra y Ganivet. En 1911 publicó *El libro mudo*, visión lírica de las cosas en torno, y algunos ensayos teatrales. Posteriormente creó el género de la *gregería*, fórmula que aúna el aforismo humorístico con la metáfora. Organizó tertulias en el café Pombo de Madrid, agrupando en torno suyo a los más originales escritores jóvenes del momento. Viajó por España y América dando conferencias. Y desde 1936, fijó su residencia en París. Escritor fecundo de novelas, cuentos, crónicas, conferencias y críticas. Entre sus obras destacan *El incongruente*, *El doctor inverosímil*, *Gregerías*, *Automoribundia* (1948), posiblemente su obra maestra, en la que descubre su hondo y curioso sentimiento religioso, *Quevedo* (1954) y *Guía del rastro*, por citar sólo algunas.

⁴ Fort, Paul (Reims 1872-Argenlieu, Essonne, 1960). Poeta de tendencias neosimbolistas. Fue director de la revista *Vers et prose* entre 1905 y 1914. Su fama se debe, principalmente, a la aparición paulatina de su vasta producción poética, reunida en las *Baladas francesas*, cuya edición definitiva se publicó entre 1912 y 1951.

Recuerdo que en la presentación de uno de mis libros, hace ya tiempo, una señora de cierta edad me felicitó por mi cordialidad y buen talante. "Los escritores de ahora -dijo-, están todos que muerden, óigame".

Creo que el escritor, aunque no muerda, es un ser al que habría que conocer al final de sus días. Mientras, conviene dejarlo trabajar en paz e ir leyendo sus obras a cierta distancia. Por si acaso.

El verdadero escritor tiene que hallarse a medio camino entre el arte y el periodismo, más cerca de lo primero que de lo segundo. Si tiene más de periodista, sus libros llevarán la marca indeleble de la prisa moderna. Tendrá mejores accesos al mundo editorial, pues conocerá más gente que el escritor puro, sus libros nacerán veloces y hasta puede que tengan excelente salida comercial. Pero carecerán, por contra, de la impronta martirial que acompaña los textos de algunos escritores que se hacen solos sin prisa alguna, envueltos en la quietud serena de su escritorio, como el buen vino añejo en las bodegas.

66

El escritor ha de poseer imaginación despejada para inventar sin preocupaciones. Ahí reside, probablemente, su auténtica libertad. Eso que hizo Juan Ramón de encastillarse en sí mismo y olvidarse del mundo y sus miserias, siempre ha dado buenos resultados literarios. Pero con la vida que llevamos hoy, son muy pocos los escritores que consiguen evadirse de todo para centrarse únicamente en la creación. Resulta imposible.

Y conviene que el escritor tenga también algo de mártir, pues ha de saber sangrar a diario por la mano derecha, a menos que sea zurdo y escriba con la izquierda. Y todo con mucha dignidad, como debe hacerse.

El mundo moderno quiere devorar al escritor. Porque el mundo moderno, per se, tiene buenos colmillos y come mucho. Y el escritor clásico, por su rareza, se convierte para la modernidad en bocado sin hueso la mar de apetecible.

Algunos afirman, incluso, que el escritor es una especie a extinguir. El auténtico, el genuino escritor, tiene que ser un ser calmado, sereno, pero inquieto por dentro. Debe ofrecer una imagen pública de sensatez, matizada con un leve toque de bohemia contenida; y estar lleno –sobrado, diría yo- de paciencia y santa resignación ante la adversa y general estulticia superficial de la bruta mayoría.

Merece tiempo y tranquilidad para acabar sus labores de la mejor manera posible. Autor de mucha muerte propia en sus personajes, el escritor se inmola a diario sin esperar una excesiva recompensa. Y para almorzar, o se consume a sí mismo o trabaja, aparte, en otra cosa. Lo hacemos la mayoría. Porque lo de vivir de los derechos de autor sólo es un sueño que muy pocos pueden ver hecho realidad en vida.

67

Un escritor lo es en verdad sólo cuando él se tiene por tal. Pero ha de prepararse para creer en las cosas importantes. Su misión es inventar y dar testimonio de su verdad. No puede faltar en él la faceta misteriosa y secreta. Un escritor sin misterios ni laberintos acaba por aburrir. Así que conviene sembrar una pequeña parcela con morbo y misterio en el currículum de uno.

El escritor vocacional está dedicado al trabajo menos seguro que existe, pues el arte no es sino una tentativa. Y la sociedad, lo reconozcamos o no, sólo es capaz de remunerar las cosas tangibles, nunca los sueños ni las utopías.

Frente a los seres vulgares que abarrotan a millares plazas y avenidas, el escritor destaca, convirtiéndose de pronto en creador de universos resucitados, en hacedor de fantasías mágicas, en el inagotable gigante solitario al que es preciso respetar. Grande, raro, solo: un dinosaurio forjado de palabras.

...